

HOMENAJE AL Dr. AGUSTÍN ALVAREZ

15 de julio de 1967.

PALABRAS DEL ARO. RAÚL J. ALVAREZ

El subconsciente que trabaja realmente durante el sueño, me ha dictado esta mañana estas palabras y siento la necesidad de decirlas como hijo de esta tierra y enraizado en ella por hondos lazos familiares, de muy antiguo, y como hijo de Agustín Alvarez.

Aquí en Mendoza hice mis primeras armas en la profesión; era ya entonces universitario, pues había ejercido una jefatura de trabajos prácticos en la Universidad de La Plata. La cátedra de la Facultad de Arquitectura de Buenos Aires fue luego mi segundo hogar y en ella, ayudando a formar jóvenes profesionales, he pasado cuarenta años de mi vida, que han sido el mayor beneficio de mi existencia por las amistades que me ha deparado y más que nada por mantener mi espíritu inquieto, atento a todo lo que el maravilloso mundo de la ciencia y de la técnica crea para poder cumplir así mi cometido, que no fuera sólo el del "magister", sino el del compañero que trabaja junto al muchacho y a la muchacha; ha sido mi deseo siempre el de seguir las lecciones que mi padre dejó como universitario. Joaquín V. González, su amigo íntimo y su compañero de luchas, decía de él: "que nunca abusó de su influencia ni de su inviolabilidad magistral para luchar en desventaja de su adversario; y es, por el contrario, digno de señalar aquí —agregaba—, como uno de sus rasgos más interesantes que su estadio de pelea fue siempre la cátedra libre de la prensa, de la tribuna científica, del parlamento o del libro y jamás pretendió hacer tragar, aún a los más débiles, sus opiniones o sus juicios, ni por el temor a la sanción oficial, ni por el pretendido y desacreditado argumento de autoridad que aún algunos profesores se atribuyen desde sus cátedras".

Los frutos de esta docencia así ejercida los he tenido abundantes. Experimento siempre satisfacción al ver los edificios proyectados por mis ex-alumnos y al pensar que en las ideas que expresan con los materiales de construcción, existen los gérmenes de la semilla que plantara.

Llega un momento en la vida cuando sin temor alguno se piensa en su terminación —pues la muerte es un fenómeno tan natural como el nacimiento— en que se siente la necesidad de dar a los seres queridos lo poco que aún se posee, luego de todo lo que hemos tratado de dar, no ya por el valor material, sino por el afectivo, que es mucho más grande y es este sentimiento el que me ha impulsado a donar a la Universidad Nacional de Cuyo mi mayor tesoro: los apuntes, los cuadernos de notas y las primeras ediciones de los libros de mi padre, que he recopilado con amor filial y que quedarán aquí en custodia de un hogar, pues esto es la Universidad Nacional de Cuyo que de buena gana hubiera sido el de Agustín Alvarez y, por ello, sus manes: sus padres muertos todos en el Terremoto de 1861, Jacinto, su hermano mellizo y su abnegada esposa, mi recordada madre la Sra. Agustina Venzano de Alvarez, sus manes —decía— estarán satisfechos.

He aquí el por qué de mi emoción y mi agradecimiento a esta casa que considero ahora mía también por haber acogido con total afecto esta donación.

Palabras pronunciadas por el Director del Instituto de Filosofía, Prof. Diego F. Pró, el 15 de julio de 1967

Los buenos libros —simplemente por serlos— son huellas inmarchitables de la historia humana, forman parte de la historia de la cultura de un pueblo y expresan lo mejor del espíritu de sus autores: el impulso de trascendencia, de proyección e infinito o, si se prefiere, el intento de salvarse de la destrucción voraz del tiempo, el afán de permanencia que mueve las auténticas acciones de los hombres.

Las obras que la Facultad de Filosofía y Letras recibe en este acto, de manos del Sr. arquitecto don Raúl Alvarez, guardan en sus páginas un momento de la cultura argentina. En ellas, en los libros, folletos y manuscritos que componen la donación, se ha detenido una época de la historia del país. Es como si en sus páginas, y en el material fotográfico y documental que las acompaña, se hubiese demorado el tiempo, y los días se hubiesen detenido en un remanso de quietud y de paz. Frente a nuestro asombro, en estos papeles que amarillean, está la maravilla del tiempo vuelto historia.

Cada volumen, cada folleto, cada documento de los muchos que nos entrega el Arq. Alvarez, ha sido conservado no sólo por su rareza o su valor bibliográfico, sino como parte de su archivo familiar, pues esta donación la realiza el hijo del Dr. Agustín Alvarez en nombre propio y de

los familiares del escritor mendocino. A través de estos libros pasa el amor filial de toda una vida íntima, personal y biográfica que se encuentra ya en sus altos años. Llega a la Facultad de Filosofía y Letras y a su Instituto de Filosofía este legado, no por obra del dinero, sino como si este fondo documental buscara su propio destino. Se ha dicho que los libros tienen la condición de buscar a quienes los aman. Los que ya forman nuestra compañía, se han esforzado, por decirlo así, en llegar hasta este recinto de la Universidad Nacional de Cuyo, seguros de hallar la devoción y el buen trato que merecen.

Cada generación trae sus libros. Los que integran esta colección, donde figura el elenco completo de las obras del Dr. Agustín Alvarez, algunos manuscritos, títulos y distinciones académicas, son importantes para el estudio de la historia del pensamiento argentino. Pertenecen a un autor y a una generación que dieron su respuesta a las necesidades y exigencias históricas de su época. Llevan nombres conocidos por todo argentino ilustrado: *South America* (1894), *Manual de Patología Política* (1899), *Educación Moral* (1901), *¿A Dónde Vamos* (1902), *Historia de las Instituciones Libres* (1906), *Historia de la Provincia de Mendoza* (1910), *La Creación del Mundo Moral* (1912), *La Transformación de las Razas en América* (1911). Y no son todos.

Se suele situar al Dr. Agustín Alvarez dentro de la generación de 1880. La cronología, y lo que importa más, el contenido de sus obras y el sentido de su acción de hombre público, manifiestan que ha pertenecido a la generación de 1896. Había nacido en un día como éste, hace ciento diez años, en esta ciudad de Mendoza, el 15 de julio de 1857. En aquella Mendoza anterior al terremoto de 1861. Los hombres de la promoción del año 80 habían llegado a la vida algunos años antes: Wilde en 1844, Cambaceres en 1843, José Manuel Estrada en 1842, su hermano Santiago en 1841, Roca en 1843, lo mismo que Goyena y Cambaceres, Pirovano en 1842, Achával Rodríguez en 1845, Carlos Pellegrini en 1845, Juan M. Garro en 1847, Emilio Lamarca en 1841 y así tantos más. Los libros y la gestión cultural de estos hombres, que constituyen una generación bifacética (positiva unos, católicos los otros), son anteriores a los libros y la actuación de 1896. Esta última tiene otros nombres: los de Juan Agustín García (1862), Joaquín V. González (1863), Agustín Alvarez (1857), Juan B. Ambrossetti (1865), Martín García Merou (1862), José Nicolás Matienzo (1860), Rodolfo Rivarola (1857), Julián Martel (1867), Adolfo Mitre (1859), Norberto Piñero (1858), Ernesto Quesada (1858), Alejandro Carbó (1862), Alfredo Ferreyra (1863) y muchos más.

Por otra parte, desde el punto de vista de las ideas filosóficas, si bien

están dentro de una *Weltanschauung* naturalista, los hombres predominantes de ambas generaciones, hay que establecer diferencias entre ellas. Los hombres de la generación de 1880 están influenciados por el positivismo clásico de Comte y Spencer y las doctrinas biológicas de Darwin. Son hombres positivos para tiempos que requieren actitudes concretas en el país. Son los que impulsan la economía argentina, los que alambran los campos, los que traen los ferrocarriles, el alumbrado a gas, organizan la educación, desde la primaria hasta la universitaria, los que traen las cloacas y las aguas corrientes, las leyes laicas de la educación, el matrimonio civil y los cementerios. Estas gentes comienzan a disolverse en 1890, durante la crisis económica, política y social del país en la presidencia del Dr. Juárez Celman. Los hombres de la generación de 1896, en su tendencia dominante, son científicistas y están influidos por las ideas filosóficas de Haeckel, Le Dantec, Lombroso, Sergi, Ferri, Ardigó, Ribot, Wundt... Su gestión cultural se dilata hasta 1920. Alrededor de esa fecha comienzan a desaparecer sus figuras más representativas, superados por los hombres de la generación del Centenario (1910) y sus tendencias idealistas.

En los hombres de la promoción de 1896, se advierte el esfuerzo que hacen para salir del positivismo estrecho hacia el horizonte de la metafísica y el anhelo religioso. Sólo que lo hacen con las armas del positivismo, en la forma de una imagen provisoria del mundo y del cultivo o reconocimiento de un sentimiento religioso difuso. Es el caso de González, García, Ameghino, Ingenieros, Bunge y muchos otros.

Agustín Alvarez, cuya producción intelectual tenemos a la vista, se sitúa dentro de esta generación de 1896. Su producción literaria más importante comienza después de su retiro de la milicia. Era teniente de ejército cuando inició sus estudios de Derecho en la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó en 1888, con una tesis sobre *la Policía de Mendoza*. En 1889 lo nombran juez y al año siguiente lo encontramos aquí, en Mendoza, como profesor de filosofía y nociones de Derecho en el Colegio Nacional. En 1892 es elegido diputado nacional. Joaquín V. González, que por aquellos años era también diputado nacional, recuerda en el prólogo a la *Creación del Mundo Moral* (1912) la impresión que le produjo el Dr. Alvarez. Transcribimos esas palabras: "Recuerdo su primer discurso recibido, como siempre con la curiosidad del que se prepara al goce de una caída. Pero, desde luego, se advirtió el tono confiado, irónico y desparpajado del orador que no tenía miedo bajo la cota de la malta, y en cambio venía henchido de "cosas por decir" y de resolución de afrontarlas".

Una fecha importante en el itinerario intelectual de la personalidad de Agustín Alvarez es el año 1906, cuando González lo lleva a la Universidad de La Plata como profesor de Historia de las Instituciones Libres, en la Facultad de Derecho. En el intenso trato con los hombres que orientaban aquella Universidad, con sus hombres de ciencia, juristas, sociólogos, hombres de letras, artistas y pedagogos, Alvarez terminó de madurar su talento personal. Fueron diez años de vida intelectual fructífera y durante ellos aparecieron sus principales libros, hasta que la muerte lo alcanzó el 15 de febrero de 1914, el mismo año en que desaparecía también Carlos Octavio Bunge.

¿Cómo era Agustín Alvarez? Ricardo Rojas, que lo conoció, trae en su *Historia de la Literatura Argentina (Los Modernos, vol. II)* la siguiente semblanza: "Era de mediana estatura, trigueño, la cabeza armoniosa, el cabello y los ojos negros, la barba entera, aguzada la penilla, según la vieja usanza española. De lejos parecía un español. De cerca un argentino típico, un hijo de Cuyo, por la sencillez del vestido y la conversación. Bajo su abandono exterior y su frialdad aparente, escondía delicadeza de sentimientos, fervores de pasión, agudeza de ingenio, insospechadas por el observador superficial". ¿Qué objeto tendría comentar este retrato literario? Volvamos nuestra atención, siquiera sea rápidamente, hacia su obra escrita.

Los libros de Alvarez tienen un fuerte acento práctico. Tratan de orientar la praxis de los hombres de su país, en los aspectos moral, político social y educacional, dentro de una concepción de Filosofía política liberal. No ha dejado una obra orgánica, sino un conjunto de estudios e interpretaciones de la realidad nacional, a la que trata de curar de sus males crónicos. El sentido general de su labor se caracteriza por un definido acento eticista, de trasfondo religioso, que tal vez sorprenda porque siempre fue un acervo crítico de la ética católica. Era —diríamos— un religioso y cristiano a su modo, o por lo menos más de lo que él mismo creía.

Esa actitud frente a los valores últimos, destenía naturalmente en su conducta cívica y en su estilo de vida. Actitud, ethos y estilo iban en él perfectamente trabados. No creía que las leyes tuvieran por sí mismas virtud formativa en la vida de los hombres. Tampoco fiaba en la fuerza plasmadora de la instrucción ni en el mejoramiento por la transformación étnica de la población, como lo sostenían casi todos sus compañeros de generación. La misma ciencia no se dirige, según él, por sí sola a la moral. Como ninguno en su generación, Alvarez ha fustigado con claridad y valentía los males que derivan de la cultura sin el contrapeso de la moral. La cultura por sí misma no garantiza la actitud, el ethos y el estilo de vida

superiores. Este sentido eticista tenía en nuestro autor raíces en la misma tradición española, pero sobre todo en sus lecturas de autores ingleses.

Coriolano Alberini resume el ideario y la actitud de Agustín Alvarez en estas palabras: "Una situación singular, por el brillo de su ingenio, a menudo pintoresco y campechano, tiene Agustín Alvarez. Es sin duda la más interesante figura de moralista surgida en el clima del positivismo. No le preocupan mucho los problemas filosóficos, pero sobremanera le apasiona la crítica de la moral de sus contemporáneos, que él expone en múltiples libros, cuya lectura es de singular agrado. Reniega de la metafísica y de la teología. Su clerofobia es divertidamente maniática. Pero sería injusto negarle un vigor moral hecho de honradez absoluta, que trasciende de su utilitarismo social, liberal y democrático, vinculado, al parecer, a los moralistas del positivismo anglosajón. Entiende que la ética es hija de una larga experiencia social humana. Las religiones no han servido sino como andamios para construir esta ética, pero, dado lo que él llama "la imbecilidad humana", la moral continúa bajo la servidumbre de sus propios andamios de ultratumba. Considera que el progreso moral consiste en librarse de todas las supersticiones. Con un símil pintoresco, dice que el hombre es "como el armadillo: vive arrastrando la cacerola en que lo van a freír". No cabe negar que es una figura de polemista llena de evidente pureza moral, y, en substancia mucho más cristiana de lo que él cree. Su ética, en definitiva, está compuesta de elementos estoicos y cristianos, a la manera de Stuart Mill. Si bien se mira, sus denuestos contra la ética católica, mucho recuerdan a los de Voltaire, pero de un Voltaire pasado por la pampa..." (*La idea de progreso en la filosofía argentina*).

En la actitud eticista de Alvarez, más allá de lo que pudiera haber de singular y propio, hay una respuesta coincidente con las de muchos hombres de su generación, quienes frente a la profunda crisis a que había conducido las actitudes naturalistas, positivistas y escépticas de los hombres que provalcieron en la generación de 1880, y que había terminado en el famoso *crack* de Juárez Celman y en el más crudo amoralismo social, reaccionan en busca del contenido ético de la cultura argentina y tratan de devolvérselo por distintos caminos. En esta tesitura estuvieron Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, Carlos Octavio Bunge, Juan Agustín García, Joaquín V. González, Julián Martel, pero nadie de un modo más concreto, incisivo, polémico y vital que Agustín Alvarez.

Sr. Arq. Don Raúl Alvarez: En nombre de la Facultad de Filosofía y Letras y de su Instituto de Filosofía, me complace agradecer la donación que usted acaba de realizar de las obras, documentos y manuscritos que pertenecieron a su señor padre. Ingresarán al "Memorial de Pensadores Argentinos" del Instituto de Filosofía. Es cuanto quería decir.